

tarían los griegos! en lugar de esforzarse por arrancar la esencia del espectáculo en un canto, fuese en exámetros o en otra medida cualquiera.

Para colocar la poesía de Chocano en su propio lugar basta ponerla entre la de Darío y la de Whitman, sus dos polos. Al verso de Chocano le falta la virtud constantemente creadora de la palabra candente que se observa en Darío. Menos minucioso, se dirá; no es menos minucioso: es menos rico, es casi pobre. Carece también, cuando adopta el procedimiento enumerativo, de aquella vertiginosa variedad concreta que bulle en el poeta del Norte, en Whitman.

¿Qué quiere decir cuando, bajo el título de una composición «La epopeya del Pacífico», escribe: «(A la manera yanqui)». Vémoslo:

*Los Estados Unidos, como argolla de bronce
contra un clavo torturan de la América*

*[un pie;
y la América debe, ya que aspira a ser libre,
imitarles primero e igualarles después.*

*Imitemos, ¡oh Musa!, las crujientes estrofas
que en el Norte se mueven con la gracia de
[un tren...*

Las «crujientes estrofas» únicamente imitadas aquí son las de la oda «A Roosevelt» recordada por todos, la cual no tiene de «yanqui» más que el asunto. Pero cuán débiles algunos versos que aspiran a sonar como el bronce: véanse no más el tercero y el cuarto que antes se citan. De estos puntos muertos, inevitables en la poesía «elocuente», está lleno Chocano. Lo que nos desagrada en él es lo que ya no oímos como cosa actual en nuestros poetas elocuentes, lo que nos desvía de los versos de Quintana a los mismos que nos inclinamos ante su noble espíritu.

Nos atraen, por otro lado, los frecuentes aciertos de buen poeta, pero de buen poeta menor, que hallamos en sonetos y poesías menos ambiciosas. Nos interesa la exótica policromía de la «Oda salvaje», sin que acertemos a comprender su título. Nada menos «salvaje» que este aventurero genial, como le llama Ventura García Calderón. Todo salvajismo, todo impulso elemental, está desterrado de su poesía: cuando en el comienzo magnífico de «Sensación de olor» parece que va a darnos un nuevo sentir, se arrepiente, y acaba como un poeta de las familias. «Todo mulato joven, todo indio cálido de nuestras tierras, quiere ya, como él, estrangular serpientes en la cuna...» —dice el precitado crítico. —Y este es el mal. Estrangular serpientes en la cuna será portentosa hazaña, si se las estrangula de veras; como no sea sólo imagen retórica.

La confusión romántica entre la obra y el hombre persiste en torno a

Chocano. También lo apunta su crítico: inocentes extravagancias de juventud, inofensivas puerilidades de adolescencia literaria. «Sus corbatas, sus cabellos, sus versos sobrepasaban la medida común...» «Acusaba entonces a Homero de haberle plagiado las metáforas; y hablaba de Víctor Hugo como Jesús de Juan...»

Una vida romántica, una poesía elocuente, bien merecen la pompa de una coronación oficial.

FLOREZ

Julio Flórez pasó por Madrid hace unos años. Romántico de otro tipo que Chocano; todo delicuescencia y ternura. Su rostro moreno, adornado entonces de cabello y bigote negrísimo, su atavío discreto, componían la figura de un hombre del pueblo. Escribía versos demasiado tristes, demasiado suaves. En el soneto a su madre, por ejemplo, no faltaba ni el «¡ay!» de la poesía romántica. Pero, de pronto, aquello terminaba con una emoción que hacía pensar en los sonetos de Antonio Nobre:

*Yo la adoro!... La adoro sin medida,
con un amor como ninguno grande,
grande!... A pesar de que me dió la vida!*

Mas llegaba ahí sin aquel corrosivo humor del lírico portugués, que era la aristocracia de su arte.

Enfermo en el balneario de Usiacurí, recibió la corona y oyó los discursos, las poesías del homenaje que se le tributaba. Un periódico de Colombia, al dar cuenta del acto, dice: «Durante esta imponente ceremonia, el poeta estaba rodeado de sus cinco hijos y su esposa. Flórez está desfigurado, casi en estado agónico; apenas si puede moverse y no le es posible articular una palabra».

Esta coronación, en un refugio de salud provinciano, conmovedora por su espontaneidad y sencillez, se ajusta perfectamente al carácter llano y cordial de su poesía. Es la otra despedida que cabe dar al romanticismo, al romanticismo sin penacho ni galopadas históricas, al que se cobija entre las pendientes ramas del sauce y saborea con delectación la tristeza propia. «Gotas de ajeno», quiso llamar Julio Flórez a una serie de sus poesías. En el fondo de su copa romántica, halló siempre amargura. Probablemente su historia—, tan distinta de la de Chocano—, es la historia antigua, siempre nueva, de que habla Heine: una historia vulgar; pero al que le pasa, le destroza el corazón.

Dejemos consignada la fecha de esta ceremonia: el 14 de enero de 1923.

E. DÍEZ-CANEDO.

(España, Madrid).

Los campesinos búlgaros

...La ola «verde» de los agrarios es un movimiento demasiado poderoso en la Europa oriental, más poderoso, en realidad, que el bolchevismo comunista, para que desaparezca de la noche a la mañana de un país como Bulgaria, en el que se había arraigado. Tiene que haber lucha. Después de todo, es bueno que la haya. De los movimientos políticos puede decirse lo que de las aves, y es que, lejos de serles desfavorables en su vuelo la resistencia del aire, ella es lo que les sirve de sostén.

Se trata de un movimiento de incalculable importancia. Recordamos que antes de la guerra hubo socialistas alemanes, como Hildebrandt, que llamaron la atención de sus correligionarios acerca del peligro que entrañaba para su movimiento su carácter casi exclusivamente urbano e industrial. Decía Hildebrandt que los campesinos se estaban haciendo los amos del mundo, como lo demostraba la baja constante de los artículos industriales y el alza, también constante, de los productos del campo. Este fenómeno

parecía indicar que los campesinos imponían la ley igualmente a los patronos y a los obreros industriales.

Se sugería con ello la posibilidad de que triunfase un día el socialismo en las ciudades, pero se encontrasen los obreros con que se morían de hambre, porque los campesinos imponían condiciones demasiado onerosas a sus imprescindibles alimentos, en tanto que los obreros no podían imponer condiciones análogas a las manufacturas, por la mayor facilidad con que prescindían los campesinos de los productos industriales.

Ni en la misma Rusia se ha logrado evitar totalmente esta contingencia, a pesar del cuidado que han tenido los Soviets en dar a los obreros de la ciudad una participación mayor en el Poder político. Los campesinos no han impuesto, en verdad, sus condiciones; lo que han hecho es trabajar menos la tierra, y el resultado ha sido la escasez o el hambre para todos: campesinos y ciudadanos, obreros, intelectuales y labradores.